
CONFLICTOS CULTURALES IBEROAMERICANOS

Juan Rulfo



Antes que nada, conven-
dría señalar la necesidad así
como la importancia de Espa-
ña dentro del consenso cultu-
ral europeo e hispanoamerica-
no. Ningún otro pueblo latino
del Viejo Continente, tales co-
mo Francia, Italia o Ruma-
nia, tienen actualmente las
posibilidades y el interés hacia
los países que, desde el Sur del
Río Bravo hasta el Estrecho
de Magallanes, puede abarcar
la Península Ibérica.

Si en la segunda mitad del
siglo XIX, cuando surgen ple-
namente en la América hispa-
na y portuguesa la literatura,
la música, así como las artes
plásticas propias, éstas se pro-
ducen después de prolongada
la lucha contra las corrientes
parnasianas y simbolistas que
impuso Francia en el ámbito
universal. Con las dos últimas
etapas del romanticismo mue-
re al fin esa influencia que re-
trasó demasiado en nuestra

América el proceso de identi-
dad nacional. Y esa búsqueda
y encuentro con la llamada
identidad nacional no es sino
el retorno a nuestra propia
lengua. A ese lenguaje here-
dado por nuestros antepasa-
dos iberos.

Cierto que en ese trayecto
se intentaron otras rutas, co-
mo la anglosajona, las cultu-
ras eslavas o las nórdicas; no
sin negar que múltiples auto-
res de esas lenguas diversas
fueron dados a conocer por
España misma y que, también
es verdad, si no desplazaron a
los escritores españoles de la
generación del 68 y del 98, sí
disminuyeron su importancia.

Todavía, por los años 30,
cuando en México, por ejem-
plo, se creó la literatura de la
Revolución, quizá la más váli-
da y trascendente que ha dado
mi país, un grupo de intelec-
tuales llamados «los contem-
poráneos», los cuales escri-
bían y hablaban en francés,
utilizaron sus mejores esfuer-
zos para imponer normas aje-
nas a nuestra idiosincrasia
con el fin de desprestigiar a
quienes, por primera vez, tra-
taban temas y problemas na-
cionales. Además, para ma-
yor desgracia, enriquecían en
sus términos la lengua es-
pañola.

Esto no pretende negar que
dentro del grupo de «los con-
temporáneos» hubiera gente
valiosa, ya que de ellos surgió
Muerte sin fin, de José Goros-
tiza, tal vez el mejor poeta
mexicano del presente siglo.

La cultura mexicana, no
obstante, permaneció al gare-
te por algún tiempo. No fue
sino hasta la llegada de los re-
fugiados españoles en 1940
que tomó un impulso nuevo e
irreversible, pues tuvimos la
fortuna de contar con los más
prestigiosos poetas, novelistas

La búsqueda y el encuentro con la llamada identidad nacional no es sino el retorno a nuestra propia lengua.

y ensayistas de España. Sus nombres, así como sus obras, ya nos eran familiares; pero el contacto con tan valiosos personajes de las letras y las artes nos dio una visión muy amplia del mundo hispánico. Además de su presencia, se abrieron editoriales, se editaron revistas literarias y, en torno a la «Casa de España en México», actualmente «Colegio de México», dirigida por Alfonso Reyes, se congregaron maestros y ensayistas de alto prestigio. Conviene señalar que bajo su impulso, aunque formada por el mexicano Daniel Cosío Villegas, nació el «Fondo de Cultura Económica», el cual congregó a numerosos colaboradores españoles, y es, hasta la fecha, la casa editorial de mayor consistencia en Hispanoamérica. Fue, hasta cierto sentido y guardando las debidas proporciones, una heredera de la labor desarrollada en España por José Ortega y Gasset, aunque nunca comparable con la *Revista de Occidente*, pues resulta obvio que ninguna empresa la podía superar en importancia.

Es, pues, imposible negar el desarrollo cultural realizado por España en Iberoamérica durante el pasado. Actualizar ese desarrollo en el presente y para el futuro sería no sólo necesario sino imperativo para ambas partes.

Naturalmente, los problemas sociales y económicos por los que atraviesan los países iberoamericanos en estos tiempos, al igual que las pre-

siones políticas de los Estados Unidos, no pueden ser soslayadas: la guerra en Centroamérica; las dictaduras militares en el Cono Sur; las débiles democracias andinas y, sobre todo, el hecho de que consideren el Sur del Continente como su patio trasero, no deja de tener efectos negativos en todos nuestros países.

España es la única nación europea que puede, y debe, afianzar su influencia en Latinoamérica, pues los intentos que allá se han hecho fracasaron desde la base. Uno de ellos, en el cual participé en su organización, fue la creación de la «Comunidad de Escritores Latinoamericanos», similar a la «Comunidad de Escritores Europeos» que, a iniciativa del poeta italiano Ungaretti, por entonces Presidente de dicha Comunidad, se proyectó en 1965 durante el Congreso del Tercer Mundo celebrado en Génova.

Se escogió a México como sede de ese primer Congreso y se nombró Presidente al poeta Carlos Pellicer, y como Vicepresidente a los escritores Joao Guimaraes Rossa, de Brasil, y a Miguel Angel Asturias, de Guatemala. Se convocó a todas las Asociaciones de Escritores Iberoamericanos; pero a pesar de que asistieron a dicho encuentro los intelectuales más representativos, al I Congreso, celebrado en las ciudades de México, Guanajuato y Guadalajara, no tardaron en surgir dificultades y opiniones ideológicas adversas. Estas divergencias aún

subsisten y quizá en mayor grado que entonces, pues actualmente los dos bandos han demostrado una incompatibilidad radical. Esto motivó que en el Congreso «Horizonte 82» de Berlín, efectuado en junio del año pasado, el notable sociólogo, antropólogo, etnólogo y novelista brasileiro Darcy Riveiro, catalogara a los intelectuales de Iberoamérica entre *indignos* e *indignados*. No es necesario dar a conocer quiénes son unos y otros, puesto que sus nombres todos, aquí y en América, saben de su actuación y cómo proceden. A los *indignos* se les ha calificado como «celestinos de Reagan» en varias publicaciones. En cambio, los *indignados*, que forman mayoría, son aquellos que protestan contra la injusticia, la miseria y la marginación que viven nuestros pueblos.

Esta circunstancia, triste y aún latente en nuestros pueblos, sólo puede resolverla España, madre patria de ese Continente al que legó su cultura, su lengua y a los grandes humanistas como Vitoria, Fray Bartolomé de las Casas, Fray Diego Durán, Zumárraga y tantos y tantos otros forjadores de nuestra existencia.

La tribuna que hoy ofrece Madrid por conducto del Instituto de Cooperación Iberoamericana tiene suficiente capacidad y prestigio para tornarse no sólo en Foro de opinión, sino en un catalizador contra todo lo que menoscaba nuestra integridad y el derecho a la cultura como un camino que conduzca y promueva la unidad de nuestros pueblos hacia las causas justas y, por lo tanto, a la libertad.

Comunicación presentada a «Iberoamérica: Encuentro en la Democracia», celebrado en el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid, abril de 1983.